



Presentador: Autoridades, queridos Cofrades, Presidentes de Hermandades y Corporaciones, hermanas, hermanos, semanenteros todos.

En este Domingo de Palmas y Olivos en el que tradicionalmente celebramos nuestro Pregón de Semana Santa, quisiera en primer lugar agradeceros vuestra presencia que exterioriza de forma evidente vuestras inquietudes semanenteras.

Presentar este Pregón supone para mí una gran responsabilidad por mi condición de hermano de Los Apóstoles y la de Presidente de la Agrupación de Cofradía, razones ambas que me obligan doblemente.

La gran variedad de nuestra Semana Santa, permite que pueda ser cantada desde muy diversos ángulos. Un año es un poeta que la refleja en sus versos, otro un escritor que la siente en el fluir de su prosa, ante la belleza de nuestros pasos, o bien, como hace dos años, un grupo de hermanos de distintas Corporaciones.

Este pregón que vamos a presenciar, no es el reflejo del acto que tradicionalmente celebramos en nuestro cuartel el Jueves Santo. Es más, es una contribución, es un afán de participar, es una entrega más de la Corporación del Apostolado, y donde tendrá un papel fundamental el Apóstol del Amor, San Juan. El, con sus dotes de clarividencia, con sus cualidades premonitoras nos va a trasladar en el tiempo, desde la época de la Pasión, hasta el presente que vivimos hoy, traslado que se realizará en escena mediante un juego de luces.

En este Pregón un manojo de corazones, alrededor de una mesa, el Cenáculo, los Apóstoles tras la muerte del Maestro, esperan su resurrección. Pero les acucian las dudas... se siente inquietos... y hablan y viven entre el miedo y la visión alentadora del Apóstol del Amor.

Pero más que mis palabras, vivamos la realidad y entendamos su mensaje. Dejo paso pues al Pregón de Semana Santa 1.982, no sin antes y por expreso deseo de su autor, hacer público que este Pregón va dedicado a dos mujeres, dos mujeres entrañables, Doña Carmen Flores, madre de nuestros hermanos Miguel y Antonio Martín, y Doña Petra López, esposa de nuestro decano Antonio Velasco «El Balilla». Gracias.

ACTO UNICO

En la acción intervienen once personajes, distribuidos a lo largo de una mesa donde permanecerán sentados o de pie intermitentemente durante la representación. Sobre la mesa, unos manteles blancos, una jarra llena de vino y unos cuencos, todo de barro. En la habitación habrá una puerta de acceso y una ventana con una cortina adosada. Decorados simulando un modesto hogar de pescadores, todo ello de una gran sencillez. Los once personajes irán vestidos con las ropas de los Apóstoles en los desfiles de Semana Santa, pero sin el credo, ni martirios ni rostrillos. En los últimos minutos se incorporará otro personaje, Jesucristo, que vestirá una sencilla túnica blanca y manto morado.

(Manteniendo las luces apagadas, se abre el telón lentamente).

Voz en Off.- Se cumple el tercer día de la muerte de Jesús. Los Apóstoles reunidos, llevan esperando todo ese tiempo el regreso del Maestro. Algunos están flaqueando en su fe, otros asustados, todos angustiados. La tensión es grande. Tan sólo Juan conserva la calma y mantendrá su convicción, hasta el punto de proyectarla hacia el futuro en un alarde de sus dotes premonitorias que posteriormente evidenciará en el Libro del Apocalipsis.

Todavía en la penumbra, los hermanos Miguel y Antonio Martín, cantan la siguiente cuartelera.

El sol sus luces negaba
y el cielo se oscurecía.
Los Apóstoles temblaban
cuando a Jesús lo prendían
y a muerte lo sentenciaban.

Se van encendiendo las luces lentamente hasta la total iluminación del escenario.

Andrés. - (Paseando pensativo) No hay duda posible. Tadeo y yo lo hemos visto en el campo. Incluso llegó a hablarnos para que os comunicásemos la buena nueva. Estoy seguro que no tardará en venir.

Santiago Mayor. -¿Pero es cierto eso? ¿No os habréis confundido?

Tadeo.- El Maestro es inconfundible. Además, ¿quien podría tener interés en suplantarle en las actuales circunstancias? La ciudad está llena de soldados que patrullan sin cesar.

En esto se oye un tropel de armas y pasos marciales que se aproximan por la calle.

Mateo.- **(Tras mirar por la ventana, muy excitado)** ¡¡Callaos!! ¡¡Silencio!! ¡¡Es la ronda!!

Todos se sobresaltan. Uno corre la cortina precipitadamente y todos guardan un sobrecogido silencio hasta que los pasos de la patrulla se alejan.

Tomás. - **(Levantándose del asiento y dirigiéndose indignado a todos en general)**
¡Esto es increíble! Once hombre amedrentados como niños, proscritos sin cometer delito,

escondidos como conejos en madriguera y esperando... ¿esperando qué? ¡Decidme que esperamos aquí! Hoy se cumple el tercer día de su muerte. Ya no hay nada que esperar. ¡Se ha agotado el plazo! ¡Salgamos de aquí! Volvamos a nuestras ocupaciones y olvidemos lo ocurrido como si de una pesadilla se tratase.

Andrés. - ¿Como puedes pensar así, Tomás? Acabas de oír que Tadeo y yo lo hemos visto en el campo. ¡Ha resucitado!.

Tomás. - ¿Que ha resucitado? ¡Dime quien lo ha resucitado!

Santiago Menor. - ¡Pues quien va a ser, sino El! ¿Olvidas que resucitó a Lázaro?

Tomás. - ¡Claro que me acuerdo de lo de Lázaro!. Pero ¿queréis explicarme como un cadáver puede darse vida a si mismo? ¿En virtud de que razón puede volver a alentar un cuerpo del que escapó la vida, ni hacer milagros una carne que ya es pasto de gusanos? Volvamos a la vida real y dejemos ya esta espera sin sentido.

Juan. - ¿Sin sentido? ¡El es la resurrección y la vida! ¡Es Dios hecho hombre! Volverá con nosotros como tiene anunciado. Y yo os digo que su semilla fructificará y será la luz que alumbre el mundo. Que los siglos venideros seguirán sus enseñanzas, y tan grande será su gloria que todas las generaciones compartirán su amor por la Humanidad y verán en El al Redentor. Y andando el tiempo, **(hace visajes como si estuviese en trance)**, habrá un pueblo de la Bética, allá en Hispania, que vivirá con tal intensidad su pasión y muerte, que las representará por calles y plazas como el Supremo Holocausto de la Redención.

Simón. - ¿Dices que revivirán la vida del Maestro?

Juan. - Así es. Y desde su entrada triunfal en Jerusalén, en una fidelísima semblanza, serán descritos, con imágenes todos los suplicios y vejaciones que ha sufrido el Maestro. Hasta aquel acto íntimo de infinita humildad que tuvo cuando nos lavó los pies en la Cena de Pascua, será representado para veneración de las gentes.

Al terminar Juan de hablar, se han ido apagando las luces lentamente hasta quedar la escena en penumbra, iluminada tan sólo por un círculo de luz dirigido hacia el intérprete del momento.

El hermano Paco Arroyo se adelanta al centro de la escena y recita:

En el duro suelo arrodillado
ique sublime ejemplo de humildad!
tú, el Redentor de la Humanidad
lavas los pies de tu Apostolado.
Y hasta a Judas, que a tu lado
toma el Dulce Pan de Eternidad,
le enjugas el polvo ique gran bondad!
iy sabes que ya te ha traicionado!
Al tomar la toalla, de hinojos,
tu cuerpo se crispa estremecido,
porque a ese apóstol pecador,
que de avaricia nubló sus ojos

teniendo la Gloria alrededor,
¡tu Pasión de nada le ha servido!

Vuelve a su asiento y los hermanos Antonio Ranchal y Antonio Martín, cantan la saeta cuartelera:

La toalla con que tu
a Pedro secas los pies
no es colorá ni es azul
que es blanca y lleva gravá
los tres clavos y una cruz.

Se encienden lentamente las luces con lo que la acción retrocede en el tiempo.

Felipe. - ¿Y dices Juan que tendrán comidas de hermandad entre ellos?

Juan. - Como nosotros lo hicimos tantas veces y especialmente las de Pascua.

Santiago Mayor. - Bueno hermanos; estamos aquí entre la duda y la esperanza. Creo que ha llegado el momento de tomar una decisión. ¿Tú que dices, Pedro?

Pedro. - Yo pienso como Juan, que no debemos desfallecer, que tenemos que ser firmes en estos momentos de desaliento.

Mateo. - ¡Y tan firmes! ¿Acaso se os ha podido olvidar todo lo que hemos vivido con el Maestro, los prodigios y maravillas que hemos presenciado a su lado, su mensaje de amor y de fe a los pueblos de la tierra?

Bartolomé. - Es que los últimos días han sido abrumadores. Y la verdad es que a Tomás no le falta razón, pues estamos aquí esperando... esperando no sé que.

Andrés. - No seas incrédulo tú también, que la semilla de la duda en estos momentos, sólo conseguirá desconcertarnos aún más. El Maestro nunca nos defraudó, vamos a confiar en su palabra.

Juan. - Si, porque aunque ahora os resulte difícil de entender, días vendrán en que nuestro comportamiento sirva de ejemplo y testimonio. Y en ese pueblo al que hice mención, la bendita imagen del Maestro, al que llamarán el Terrible, será venerada por la gente limpia de corazón con verdadero fervor.

De nuevo se van apagando las luces y se hace la penumbra para trasponer en el tiempo.

Los hermanos Pepe Rivas y Antonio Martín, iluminados por el círculo de luz cantan la cuartelera:

No hay quien me ayude a mi a llevar
este madero tan pesao.
Que traigo los hombros muertos,
y el cuerpo descoyuntao.

El hermano Miguel Martín se adelanta y recita:

Señor, que de la luz y de la sombra eres el dueño,
Tú que dominas el presente y el pasado,
no permitas que mis muchas flaquezas,
como en una pesadilla o un mal sueño,
me aparten un instante de tu lado.

Tú, que nunca has empleado sutilezas,
que siempre fuiste directo y sencillo,
protégeme en los avatares de la vida.
¡No consientas que me llene de vilezas!
¡Consérvame con la inocencia de un chiquillo!
Tú, que con la Terrible mirada al sol detienes,
que por el Amor de las Cargas te tenemos,
Acógenos en tus brazos torturados,
con ese amor infinito que nos tienes,
cuando al final de la vida te encontremos.

El hermano Antonio Martín canta la saeta del Tío Manolo Reina con su mismo estilo, y como homenaje póstumo.

Con la cruz que te han cargao
y el peso del sacrificio
llevas el cuerpo encorvao
y esa chusma sin juicio
a muerte te han condenao.

El hermano Antonio Ranchal canta la saeta por carceleras de su propia creación:

Tiró una lanza un soldao
sobre el Cordero Inocente
y allí se formó la Fuente
donde se lavó el pecao.

De nuevo se ilumina lentamente la escena para retroceder en el tiempo.

Simón. - Lo cierto es que llevamos aquí casi tres días y el Maestro aún no se ha presentado.

Santiago Menor. - Y sin poner en duda que pueda resucitar, resulta muy difícil que pueda llegar hasta aquí, pues en el mismo sepulcro le han puesto guardianes.

Felipe. - Y aunque no los tuviera, ¿cómo podría cruzar Jerusalén con la cantidad de soldados que patrullan? Los mismos que pidieron ante Pilatos que lo crucificaran, le delatarían.

Tadeo. - No seamos agoreros, que El siempre salió triunfante de situaciones comprometidas.

Tomás. - **(Irritado)** ¿Cuando estaba con vida! ¿Es necesario recordaros que fue crucificado y que expiró en la cruz?.

Andrés. - Bueno, bueno, no te excites Tomás, que tenemos buena memoria y sucesos tan terribles como los que hemos vivido no se olvidan jamás.

Mateo. - Estamos en un callejón sin salida. Y lo que es peor, que el desánimo está haciendo estragos entre nosotros y cada vez somos más los desalentados.

Juan. - ¡Yo os pido que tengáis fe! ¡Un solo día más! ¡El vendrá! ¡¡Tiene que venir!! No nos dejará solos. Tened calma y confianza, porque al devenir de los siglos, habrá unos hombres que se llamarán hermanos, y al compartir la mesa y el pan, como nosotros, harán apostolado del amor fraterno, y seguirán sin desmayo la imagen de Jesús, con una fidelidad que quizás necesitamos en estos momentos.

Nuevamente se hace la penumbra. El hermano Paco Carmona se adelanta hasta el círculo de luz y recita:

Ya vienen tras el Maestro.
Su larga fila destaca.
Son, como doce columnas
hijas de la misma talla.
A su paso por la calle
la multitud los aclama,
que tan solemne desfile
les hace vibrar el alma.
Es su caminar pausado,
más, tan recias sus pisadas,
que ni siquiera la lluvia
pudiera nunca frenarlas.
Han agitado sus mantos
brisas de mil madrugadas
y su perfil se esculpió
a golpes de pura casta.
Tradición de cuatro siglos
aureola sus cabezas.
Sangre de raza pontana
avala su gran solera.
¡Que sobriedad en el gesto!
¡Que actitud de firmeza!
¡Que temple lleva su aire!
¡Que Majestad tan serena!
Que vivo ejemplo nos dan

de seriedad y de nobleza!

Los hermanos Pepe Rivas y Antonio Martín cantan la saeta cuartelera:

Doce pobres y humildes fueron
por Jesucristo elegidos
para que Apóstoles fueran
y de su Gloria testigos.

Se hace otra vez la luz en la escena y se regresa a los tiempos de Cristo.

Tomás. - **(Exaltado)** ¡Estáis durmiendo ¡Despertad que estáis soñando! ¿Como os dejáis arrastrar por este visionario? Asentad los pies en el suelo y ved que en cualquier momento somos presos. ¡Estamos solos! Irremediablemente huérfanos y abandonados de toda tutela protectora. Nosotros, destinados a ser la sal de la tierra, estamos aquí atrapados como alimañas, desorientados sin luz ni guía que nos conduzca, porque nuestra estrella protectora nos ha abandonado cuando más la necesitamos, dejándonos en la más terrible desolación... **(histérico y convulso, termina llorando).**

Santiago Menor. - **(Acudiendo en su ayuda)** Está muy nervioso. Siéntate Tomás. Cálmate, hombre. **(Le ayuda a sentarse).**

Felipe. - Dale un poquito de ese vino de Galilea, a ver si se tranquiliza.

Tomás bebe un primer vaso que le ofrecen, y al gustarle, se sirve él mismo un segundo vaso y bebe con ansia: Al terminar se queda perplejo, mirando a los demás que le observan atentamente con soma.

Bartolomé. - ¡Vaya con Tomás!

Felipe. - Tú sigue Juan, que si éste no ve visiones, no tardará en verlas.

Juan. - Y en ese desfile de imágenes de la Pasión, en que nuestro Maestro lleno de humildad, será preso, azotado, amarrado a una columna, cargado con una cruz y crucificado en el Gólgota, llegará también el día del Duelo Universal, el Entierro del Maestro, al que María, su madre, deshecha en lágrimas y traspasada de dolor, acompañará hasta su última morada y que tendrá una solemnidad inusitada.

Vuelven a apagarse las luces y Antonio Ranchal canta la saeta por carceleras de su creación:

Entierro preferenciao
triste está la población
los angelitos lloraron
la muerte del Redentor.

El hermano Paco Carmona se adelanta y recita:

Ay Virgen de las Lágrimas!
Si calmar tu dolor pudiera
y mitigar tu quebranto,
pediría una escalera
para enjugarte el llanto.

Tus lágrimas son, Virgen Pura,
como el rocío de la aurora,
ibálsamo de santidad!
que a mi alma pecadora
conforta en su soledad.

Para atenuar tu duelo,
si golondrina yo fuera,
para coronar tu pelo,
una guirnalda de estrellas
te bajaría del cielo.

Y para aplacar tus penas,
en lugar de ese pañuelo
en tus manos yo pondría
un puñado de azucenas
que te sirvan de consuelo.

¡No llores más Madre mía!
que mi alma enamorada,
de vuelta de tanto engaño,
siempre pondrá su mirada
en tu bendita figura,
y así será consolada
de regreso a tu rebaño.
¡Virgen llena de hermosura,
recobra ya tu alegría!
¡No llores más madre mía!

La escena continúa en penumbra

Juan. - Y así se consumará toda la Pasión del Hijo del Hombre. Y los pueblos conocerán el misterio de Dios encarnado para la redención del Universo, que así quedará rescatado de las tinieblas, y en una alegoría se representará el destierro de los enemigos del hombre.

Comienzan a oírse los tambores de Los Apóstoles y el hermano Miguel Jiménez se adelanta y recita:

¿Que anuncias sombras espectrales,
cortejo fantasmal de almas en pena
que sume al pueblo en mil pavores
con el siniestro chirriar de las cadenas
y el desafinado son de los tambores?

¿Adonde encamináis vuestros pasos,
desfile irreal de encapuchados,
que sobrecoge el alma más piadosa,
con luces de bengalas alumbrados
en medio de la noche tenebrosa?

¿Que macabras figuras os acompañan
en vuestro deambular estruendoso
que gritando con furia y desatino,
no cesan de agitarse sin reposo
tratando de escapar a su destino?
Más, está clara la razón,
que nos alejó del maleficio
el duelo de la Pasión,
y el Supremo Sacrificio,
de la Muerte y del Pecado,
y para que sea recordado
desde hoy al infinito,
lleváis en fúnebre rito
al enemigo del hombre.

¡ Que hasta la posteridad
olvide siempre su nombre!
Y en un gesto de humildad,
admitamos los cristianos,
que Jesús tendió sus manos
para alcanzar el perdón,
en su divina Redención,
¡a todo el género humano!

(La muerte, el demonio y los picoruchos de los Apóstoles aparecen por detrás de la tramoya, proyectando su silueta hacia la escena mediante unos focos instalados al fondo, mientras siguen tocando los tambores).

Los hermanos Miguel y Antonio Martín cantan la cuartelera:

Ya está el infierno cerrado
y abierta la inmensa gloria
el pecao perdonao
y consumá la victoria
que el Padre Eterno ha mandao.

De nuevo vuelve a iluminarse la escena y se regresa al tiempo bíblico.

Tomás. - ¿Pero como podéis dar crédito a este vendedor de ilusiones? De seguro que por haber vivido de cerca su muerte se ha quedado trastornado. ¡Pensad con sensatez! ¿Como vamos a predicar sus enseñanzas nosotros, unos pobres hombres llenos de flaquezas? Y

más que todos tú, Pedro, que poco después de prenderlo le negaste hasta tres veces. ¡Tres veces! ¡Tú, la piedra de su Iglesia!

Andrés. - ¡Déjalo ya! ¿No ves que es el primer arrepentido?

Tomás. - Hombre, ya salió la familia. ¿Y tú a quien predicarás, con tus palabras torpes y tus manos rudas y callosas de pescador?

Mateo. - A ver si para enseñar la palabra de Dios tenemos que ir perfumados y llenos de aceites.

Tomás. - No hará falta, y menos a ti. Porque si tienes buena memoria, recordarás que fuiste recaudador de tributos a sueldo de los romanos, y tienes un porte distinguido, y las manos finas y aguzadas como ave de presa. ¿A quién predicarás, a las víctimas de tu rapiña?

Juan. - Ya está bien, Tomás, no hagas más reproches que todos tenemos algo que olvidar.

Tomás. - ¡Tu que vas a decir! Siempre fuiste el preferido, el discípulo amado del Maestro. No puedes quejarte de tu suerte.

Pedro. - **(con energía)** ¡Basta ya de tanto parlamento! Si dijo que vendría, vendrá. Y aquí estaremos esperándolo.

Se oye un gran estruendo y los Apóstoles se sobrecogen asustados.

Todos. - ¡Los romanos! ¡ Ya están aquí!

Se escucha una música celestial (J. S. Bach) y aparece Jesús envuelto en una densa nube de niebla.

Todos. - ¡¡ Maestro!!

Jesús. - ¿De que os asombráis, hombres de poca fe? Os anuncié mi regreso. Y tú, Tomás, acércate. Toca mis llagas, y no seas incrédulo sino fiel.

Se acerca Tomás tembloroso, toca las llagas y se arrodilla.

Tomás. - Perdón, Maestro, perdón.

Jesús. - Id y anunciad a las gentes la buena nueva, y predicad cuanto yo os he enseñado. Y sabed que yo estaré siempre con vosotros, hasta la consumación de los siglos.

Jesús se retira, mientras se oye el aleluya de Haendel.

Todos. - **(abrazándose alborzados)** ¡Ha resucitado!! ¡¡ Ha resucitado!!

Se sientan todos, y se adelanta el hermano Paco Carmona y recita la poesía de su propia creación:

Las cosas de nuestro pueblo
difíciles de explicar
a todo el que no conozca
nuestra forma de pensar.

Nadie podría entender
que nos llamemos hermanos
Apóstoles y Profetas,
las Virtudes, los Romanos.

Los hijos de la Amargura,
Virgen de la Soledad,
los Ataos y las Potencias
o el Señor de la Humildad.

De cuarteles y tabernas
salimos hacia el Calvario.
Los sábados de Cuaresma
por el mismo itinerario

La meta es bien conocida
¡El Pórtico de Jesús!
que nos da la bienvenida.

Allí ya no existen clases,
política ni dineros.
Sólo unas copas de vino
y abrazos de mananteros.

En los cultos no extrañará
que te encontraras allí
a un hombre que no cree en nada
pero que en su virgen si.

Yo he visto tras una esquina
a un hombre rudo del pueblo
con lágrimas en los ojos
y la rodilla en el suelo.

Con hablar entrecortado
al paso del Nazareno
pidiéndole por su hijo
que se lo pusiera bueno.

Los médicos no le salvan
tan sólo confío en el cielo
y aunque no voy a la iglesia
porque de rezos no entiendo.

Te lo pido con el alma
a ti, Jesús de mi pueblo
Patrón de tos los pontanos
¡Padre mío, Nazareno!

Hoy que es Domingo de Ramos
yo os pediría como en misa
que os diérais la paz, hermanos,
pero no con la sonrisa
ni alargándose la mano,
si no con un fuerte abrazo
lleno de cariño humano,
y diciendo lo que sentís,
¡este es el pueblo pontano!

